no fué aprobada por el Consejo de Indias, viéndose los Virreyes en la bochornosa necesidad de devolver a los esposos Eulate los bienes que les regalaran.

No mucho duró el pesar de los de las Amarillas, pues al poco tiempo emprendieron de nuevo los días de campo a San Angel y San Agustín de las Cuevas, así como las visitas a los conventos, en donde eran recibidos bajo palio y obsequiados con largueza; y un buen día —el 9 de octubre de 1756—, asombráronse los habitantes de la metrópoli al ver que salía "del Real Palacio para el campo, la Excma. señora Virreina a caballo, tocada de Gudriel, con sombrero, corbatín, camisón, chupa, andriel y talas", y montada como hombre, aunque no se le veía el pie en el estribo. Acompañábanla muchas personas de distinción, su caballerizo, cuatro soldados, su estufa y el coche de cámara con los caballeros pajes.

Esta primera salida a caballo de la Marquesa de las Amarillas, llamó mucho la atención del público "respecto a no ser practicable entre las señoras de estos reinos", pero de ahí en adelante fueron muy frecuentes los tales paseos, dirigiéndose casi siempre la comitiva al bosque de Chapultepec, y de allí, por la calzada de la Verónica,

a alguna casa de campo de la Tlaxpana, en donde se servía un excelente refresco.

A consecuencia de un ataque de apoplejía, falleció el Virrey en Cuernavaca a principios de 1760, y su viuda, encontrándose sin elementos, tuvo que acudir a la generosidad del Arzobispo de México, don Manuel Rubio y Salinas, quien le proporcionó los medios para regresar a España, en donde, años más tarde, contrajo segundas nupcias con el Caballero Maestrante de Ronda, don Francisco de Giles, y falleció muy anciana en Sevilla, a 10 de diciembre de 1791.

Sucedieron al Marqués de las Amarillas, don Francisco Cagigal de la Vega, casado con doña María de Monserrat; don Joaquín de Monserrat, Marqués de Cruillas, con doña María Josefa de Acuña, hija del Marqués de Escalona; el Marqués de Croix, soltero; don Antonio María de Bucareli, lo mismo; y don Martín de Mayorga, cuya esposa, doña Josefa Valcárcel, según parece, no vino a México.

## XI

## LAS GALVEZ

Siempre que iba a celebrarse un "Auto de

58

E

Fé", enviaban los Inquisidores atento recado a los Virreyes, invitándolos para que asistieran a la ceremonia, y por lo tanto, el 31 de mayo de 1783, se presentó en el Real Palacio el Secretario del Tribunal don Juan Nicolás Abad, con "el recado político y de estilo" para Sus Excelencias. Don Matías de Gálvez se excusó por estar sufriendo de gota, pero su esposa, doña Ana de Zayas y Ramos, expresó "muy vivos deseos de ver la Inquisición, diciendo que gustaría venir el lunes siguiente en que deben salir los reos penitenciados a la vergüenza pública".

Como era natural, los Inquisidores accedieron gustosos a que la Virreina efectuara la visita, cuya descripción hicieron los Secretarios en estos términos:

"Hallándose vacía la casa principal de esta Inquisición por fallecimiento del señor Inquisidor Decano, Lic. don Nicolás Galante y Saavedra, y debiendo pasar al gran balcón de ella Su Excelencia para ver el paseo, procedimos a ordenar con ricas colgaduras, pantallas de plata, y muebles de la mayor decencia, la pieza en que está situado, y en que había de recibirse a Su Excelencia, ejecutando lo mismo respectivamente con las demás de tránsito, y al mismo tiempo preparamos lo necesario para el almuerzo, que se dió a Su Ex-

celencia, y su comitiva, en casa del actual señor Inquisidor Decano, con el aparato y esplendor que exigía el caso por el decoro del Tribunal".

"Efectivamente, entró Su Excelencia como a las nueve y media de la mañana de dicho día al patio de esta Inquisición y habiendo bajado al pie de la escalera los señores Inquisidores, acompañados de los Ministros de este Tribunal (que estaban de gala por salir al paseo con los reos) y con los señores don Francisco Javier de Gamboa, y don Baltasar Ladrón de Guevara, Oidores de la Real Audiencia, a quienes se dió noticia de esta visita como consultores de este tribunal, v concurriendo también como amigos, y sin precedente recado, los señores don Cosme de Mier y Trespalacios, Alcalde de Corte, v don Lorenzo Hernández de Alva, Fiscal del Crimen, recibieron a Su Excelencia, que venía acompañada de su sobrina la señora doña Ana Fernández, esposa del señor don Ramón de Posada, Fiscal de lo Civil, de un Gentil-Hombre y de dos pajes, con dos alabarderos de custodia, y su guardia ordinaria, en donde hechos los cumplimientos debidos, se mantuvo hasta que se avisó de la salida de los reos, con cuyo motivo salió Su Excelencia a verlos al corredor, y después fué al balcón a ver el paseo. Entretanto, avisó el señor Fiscal Posa-

da, consultor de este Tribunal, de no poder asistir por sus urgentes ocupaciones, y llegó el señor don Vicente de Herrera, Regente de esta Real Audiencia, a quien se dió igual noticia como consultor; y pasó S. E. con su familia y guardia de alabarderos a ver las Salas del Tribunal, y estando en la principal, sacaron los señores Inquisidores sus dos respectivas llaves del Secreto, y el Secretario Abad la que le dejó el Secretario Martínez por haber salido al paseo, y se le abrió la pieza de él y también las dos puertas del cancel, con lo que quedó patente: y entonces, habiendo dicho el señor Decano (con el fin de contener la comitiva) que suspendía la Excomunión para S. E., entró a él como cuatro pasos, hasta donde los señores Inquisidores y Secretarios pasaron. Vuelto a cerrar el Secreto, y entregadas las llaves con la misma formalidad, bajó S. E. con la misma comitiva a las cárceles (que custodiaban dos Ministros Eclesiásticos, por haber salido al paseo los Seglares) y miró una y otra de las que estaban vacías; y en esta forma fué visitando lo restante de esta Inquisición; y pasando después a visitar las casas de los señores Inquisidores, y pasando en la del señor Inquisidor Decano, se le sirvió en ella el almuerzo preparado de treinta cubiertos. que admitió S. E. con las mayores demostraciones de aprecio, comiendo con satisfacción y gusto, haciéndole los platos los señores Regente y Consultores, los señores Inquisidores y Secretarios Comisionados, ya puestos a su lado, y ya desde sus asientos. Lo que concluído, y vuelta S. E. al estrado, se despidió cerca de medio día y volvió a tomar su coche, en el mismo patio principal de esta Inquisición, hasta donde llegaron a despedirla los señores Inquisidores, Consultores y Ministros del Tribunal, manifestando dicha señora Virreina la mayor gratitud y aprecio del obsequio hecho, expresando después en su Palacio (según han sabido los informantes) que en ningún agasajo público de cuantos se le habían hecho por los cuerpos de esta capital había estado tan complacida, ni había comido tan a gusto".

El 3 de noviembre siguiente, el fúnebre son de las campanas de todos los templos anunciaba a la ciudad de México que el Virrey y Capitán General de la Nueva España, don Matías de Gálvez, pasaba a mejor vida, después de una enfermedad tan larga como penosa. Por ser el día siguiente el de S. M. C. don Carlos III, no se efectuó el entierro sino hasta el 8, en que, con gran pompa, fué inhumado el cadáver en la iglesia del Convento de San Fernando, siendo la primera vez que se veían en México unos fu-

nerales verdaderamente militares con arreglo a ordenanza. Había permanecido el cadáver, mientras tanto, embalsamado, en Palacio, regado por las lágrimas de su viuda. Si poco brilló doña Ana de Zayas en la sociedad del virreinato durante el gobierno de su esposo, mucho menos había de hacerlo después de él; así es que no se vuelve a tener noticia de ella hasta el 2 de enero de 1786, fecha en que abandonó la capital de la Nueva España, para dirigirse a la vieja. Acompañáronla en su coche, hasta la Villa de Guadalupe, sus hijos los Condes de Gálvez, Virreyes desde junio de 1785, y muy distinguida concurrencia.

. . .

Cuando el hijo de los anteriores, don Bernardo de Gálvez, mandaba la expedición que reconquistó la Florida, conoció en Nueva Orleans a las hermanas Saint-Maxent, bellísimas criollas de origen francés, la mayor de las cuales estaba casada con el Gobernador de la Luisiana, don Luis de Unzaga, posteriormente Capitán General de Caracas y de Cuba. No sólo el corazón de don Bernardo fué impresionado, sino también

el de dos de sus oficiales: don Juan Antonio de Riaño y don Manuel de Flon. Gálvez casó con doña Felícitas, de belleza peregrina, si no mienten las historias, y sus oficiales con doña Victoria y doña Mariana, respectivamente. Riaño fué posteriormente caballero del hábito de Calatrava e Intendente de Valladolid —hoy Morelia— y Guanajuato, y pereció gloriosamente en el ataque que hizo la gente de Hidalgo a la Alhóndiga de Granaditas en 1810. Don Manuel de Flon, Conde después de la Cadena, fué Intendente de Puebla, y se hizo aborrecer de los insurgentes por sus medidas harto severas para con ellos.

Nombrado Virrey de Nueva España en 1785, Gálvez tomó posesión del gobierno con la acostumbrada solemnidad, el 17 de junio, pero su esposa entró a México antes que él, dirigiéndose de la Villa de Guadalaupe a la Capital en coche, escoltada por los cuadrilleros del Real Tribunal de la Acordada, cuatro alabarderos al estribo y un piquete de dragones. Fué recibida con flores, cohetes y vivas y saludada con una salva de quince cañonazos.

Desde que empuñó las riendas del gobierno, quiso el Conde de Gálvez hacerse popular con sus gobernados; y, procurando estar en íntimo contacto con el pueblo, aprovechó cuantas ocasiones se le presentaron para lograr su objeto.

"Su aire galante, festivo y caballero, —dice don Carlos María de Bustamante—, no menos que el de su esposa, joven hermosa, a la par que amable, le atraían una benevolencia general e ilimitada. Al presentarse al público en un quitrín, manejando por sí los caballos, llevando a su esposa al lado, se poblaba el viento de repetidas y festivas aclamaciones."

Solía concurrir en esta guisa, a la plaza de toros y a la Alameda; y muy a menudo paseábanse los Virreyes a pie por los portales de Flores y Mercaderes.

Leemos en el Diario de José Gómez, el Alabardero, que el 30 de octubre de 1785, "salió el Señor Virrey con la oficialidad a pasear al portal: el día 31 del mismo, en la noche, volvió con la Señora Virreina, y el día 10. de noviembre fué al mismo paseo, cosa que no se había visto en el reino, entre los señores. La noche de este día fué con la Señora, niños y toda la familia a dicho portal, y también fueron cuatro alabarderos acompañando a su Exa."

No contento con esto, deseaba ganarse la voluntad del ejército, y al efecto, con el pretexto de que su hijo don Miguel de Gálvez y Saint Maxent, sentara plaza de soldado en el regimiento de granaderos de Zamora, el día 12 de septiembre convidó a todo este cuerpo y a otros militares a un refresco en la azotea de Palacio, que mandó decorar convenientemente con artística enramada, y tanto él como la Condesa conversaron con los granaderos y soldados con la mayor confianza y llaneza.

Prestábase la sociabilidad de la Virreina a toda clase de festejos y saraos; y en cierta ocasión la obsequiaron don Manuel Antonio Valdés y don Felipe de Zuñiga y Ontiveros, editor e impresor, respectivamente, de la Gaceta de México, con "un globo aerostático de tan peregrina invención que, según las noticias de cuantos se han construído en el reino y el común aplauso de este, no ha tenido semejante." Elevóse en el patio principal de Palacio y "era perfectamente esférico, de veinte varas de circunferencia, y de cuarenta y cuatro libras de peso. Colocáronsele en quatro andanas más de cincuenta faroles, y a corto trecho de su cuello varias invenciones de fuego. Luego que comenzó a elevarse se dexó ver de todos un letrero de luces que decía: VI-VAN SS. EE. Siguióse la iluminación de un hermoso zodiaco compuesto de más de ochenta estrellas: después la de quatro gallardetes de quatro Ep

varas de largo, y habiendo despedido cantidad de buscapiezes y culebrinas, concluyó con un tiempo de Cohetes que corrieron orizontales. Elevóse a una altura tan grande que ya apenas se distinguían las luces de los faroles, y después de haber dado una completa diversión al distinguido concurso, siguió su giro orizontalmente hasta ir a caer a un lado del Peñol."

En los días de su cumpleaños o los de su esposo, concurría al teatro, el cual se iluminaba profusamente, y era recibida con loas y otras composiciones encomiásticas.

El destino, sin embargo, preparaba un rudo golpe a los Condes de Gálvez. En octubre de 1786 enfermóse don Bernardo, y con el ánimo de mudar temperamento, transladóse la Corte Virreinal al Palacio Arzobispal de Tacubaya, pero allí sorprendió la muerte al Virrey, al amanecer del día 30 de noviembre. Efectuóse el entierro en San Fernando, en donde, como hemos dicho, estaba sepultado su padre, don Matías de Gálvez, pero sus entrañas, por desearlo así su esposa, fueron depositadas bajo el altar de los Santos Reyes en Catedral.

Grande fué el pesar de doña Felícitas Saint Maxent, mayormente cuando esperaba el nacimiento de un hijo; en fecto, el 11 de diciembre dió a luz "una muy robusta y hermosa niña," noticia que circuló inmediatamente por toda la metrópoli.

Hallábanse celebrando Cabildo ordinario los Concejales del Ayuntamiento de México, cuando se les comunicó tan fausta nueva, y queriendo dar a la Virreina una prueba de estimación, así como honrar la memoria del Conde de Gálvez, a quien tanto debía el Reino y muy especialmente la ciudad de México, decidieron ofrecerse como padrinos de la niña, y nombraron a dos de entre ellos para felicitar a la Condesa y hacerle presente su pretensión y deseo.

Necio sería de nuestra parte intentar la descripción del bautismo de esta niña, cuando lo ha hecho la bien cortada pluma de don Luis González Obregón.

"Se presentaron, pues, —dice este historiador—, los dos capitulares en Palacio, y habiendo comunicado a S. E. el propósito que allí los llevaba, la de Saint Maxent agradeció en todo lo que valía tan sin igual honra; pero no la aceptó desde luego, pues ya había invitado como compadre al señor don Fernando Joseph Mangino, del Consejo de S. M. en el de Hacienda, Juez Superintendente de la Real Casa de Moneda, del Real Apartado de Oro y Plata, de Media Anata y Servicio de Lanzas, sub-delegado del Excmo. Sr. Superintendente General del Ramo de Reales Azogues, y Presidente de la Real Academia de San Carlos.

"Desairar a un señor de tantos títulos hubiera sido un imperdonable delito de lesa cortesía; mas habiendo mediado entre los regidores y el señor Mangino algunos cumplimientos, "tuvo éste —dice "La Gaceta"— la generosidad de ceder su derecho en obsequio del buen nombre del excelentísimo señor Virrey difunto, y por no defraudar a su noble posteridad del honor que en todo tiempo podía resultarle con tal demostración pública."

"Resuelta la dificultad que se presentaba, quedaron como padrinos del Santo Sacramento del Bautismo, la Imperial Ciudad, y del de Confirmación, el señor don Fernando Mangino; ítem más, se ofreció para administrarlos el Ilmo. Sr. Arzobispo don Alonso Núñez de Haro y Peralta.

"La ceremonia fijóse para la mañana del 19 de diciembre de 1786, y se propusieron para la Noble Ciudad, y con acuerdo y asignación de la madre de la criatura, para que tuvieran a ésta en la pila del bautismo, al señor coronel don Franciso Antonio Crespo, Caballero de la Orden de Santiago, y a la señora doña María Josefa

de Villanueva, Altamirano y Barrientos, esposa del Regidor Decano, don Joseph Angel de Cuevas, Aguirre y Avendaño, señor de la Fortaleza y Valle de Tebra en el Reino de Galicia.

"Por orden del Arzobispo se colgó y adornó magnificamente la Parroquia del Sagrario, en donde se había de celebrar el bautizo (1).

"Por su parte el Ayuntamiento adornó sus Casas Consistoriales, los balcones y las almenas, con elegantes cortinajes de damasco y con banderolas, y obtuvo de la Real Audiencia, que entonces gobernaba por muerte del Virrey, que franquease la tropa necesaria de los Regimientos de Zamora y la Corona, para que formasen valla desde Palacio hasta el Sagrario, y una compañía de Granaderos de Zamora para que cuidasen del orden en el interior del templo.

"Ocho días transcurrieron en estos arreglos y preparativos; pero por fin llegó el día 19 fijado de antemano para la celebración de la ceremonia.

"El Ayuntamiento, bajo Mazas, se transladó al Real Palacio; subió, recibió a la niña, y a las diez y media de la mañana salió por la segunda puerta, dirigiéndose por frente a las Casas Con-

<sup>(1)</sup> Púsose un altar junto al cancel de la puerta principal, y un dosel morado a la derecha.

sistoriales, torciendo después a la derecha por el portal de Mercaderes, y pasando en seguida delante de la Catedral, entró por la puerta del costado del Sagrario.

"La comitiva guardaba el siguiente orden, según dice "La Gaceta": Delante llevaba sus Atabales y Clarines con todos los Ministros de Justicia. A éstos seguían los Mazeros en coche, detrás en otros los Escribanos y subalternos de Cabildo, luego iba en una magnífica carroza la señora doña María Josefa de Villanueva, conduciendo a la niña, y acompañada de una de las damas de la excelentísima señora Vigreina viuda, después seguían en coches de gala todos los Caballeros Capitulares y algunos de los convidados, que se hallaban a la sazón en Palacio, de dos en dos; el penúltimo coche lo ocupaban el señor don Fernando de Mangino y el Caballero Regidor Decano, y por último, cerraba la comitiva el coche de la Justicia, compuesta del señor Corregidor, Alcaldes Ordinarios y Alguacil Mayor."

"A tan selecto acompañamiento, lo esperaba en el Sagrario, uno más numeroso, no menos lucido, que lo componían los RR. Prelados de las Religiones, señores Ministros, Canónigos, jefes militares y de oficinas, la oficialidad de la guarnición, y toda la nobleza de México, que habían sido invitados con anterioridad para presenciar y autorizar aquel acto.

"La ceremonia dentro del templo, fué grandiosa y solemne, con todos los ritos que previene la religión cristiana."

"El Ilmo. Sr. Haro, vestido de Pontifical, administró los sacramentos a la niña, a quien pusieron en el bautismo los nombres de María Guadalupe Bernarda Isabel Felipa de Jesús Juana Nepomucena Felícitas, y en el de confirmación se le añadió el de Fernanda. Durante la ceremonia sirvieron de asistentes, con capa pluvial, los señores doctores don Luis de Torres, Arcediano; don Joseph Ruiz de Conejares, canónigo; don Miguel Primo de Rivera, racionero, y don Joseph Carrillo, medio racionero.

"Terminada la función, que duró hasta después de las doce, la recien bautizada fué de nuevo conducida a Palacio por las mismas calles, pero en esta vez su carroza ocupaba el lugar de preferencia, detrás del coche de la Justicia.

"En seguida el Ayuntamiento cumplimentó a la Virreina, regresó a sus Casas Consistoriales, y desde los balcones se arrojaron algunas monedas al pueblo. Por la noche, además de ilumi"Regaló la ciudad a la Señora Virreina, dice el Alabardero, un hilo de perlas que costó once mil pesos, y otro para la niña que costó cuatro mil; el señor Arzobispo dió plato, cuchara, tenedor y cuchillo de oro, y lo mismo el señor Mangino, y la Señora Virreina regaló a la comadre un corte de vestido bordado que valía mil pesos, y al señor Arzobispo una caja de oro guarnecida de esmeraldas, y un pectoral de diamantes, y al señor Mangino dos cortes de vestido muy especiales, y al señor Corregidor un bastón con puño de oro guarnecido de diamantes."

Resintióse sobremanera la salud de la Condesa de Gálvez con estos acontecimientos, al grado que, en 17 de febrero, pidió que se le administraran los últimos Sacramentos; mas, afortunadamente, restablecióse pronto. Decidió emprender el viaje a España, aunque dolíale en extremo abandonar la mexicana tierra, sepultura de su esposo y cuna de su hija. El 23 de mayo dirigió una carta a su compadre el Ayuntamiento, anunciándole su partida y ofreciéndose a las órdenes de la muy Noble, muy Leal e Imperial Ciudad de México, a la cual contestó el Cabildo en términos no menos corteses y sentidos; y el

día 24 determinó decir su postrer adiós al sepulcro de su esposo. Presentóse a la media noche
con sus hijos y familia en la iglesia de San Fernando, que se hallaba iluminada, y fué recibida
en la puerta por toda la Comunidad; después
de haber orado largo espacio de tiempo ante la
tumba del Conde de Gálvez, "se abrazó de la
lápida —dice "La Gaceta"— no queriendo admitir consuelo hasta dejarla regada con sus tiernas
lágrimas, a que acompañaba los más dolorosos
ayes y suspiros."

A las diez de la mañana siguiente, emprendió su viaje, y embarcóse en Veracruz el 9 de junio, en el navío de guerra "Astuto."

El 51o. Virrey, don Manuel Antonio Florez, tuvo por esposa a doña Juana María de Pereyra; y su sucesor, el segundo Conde de Revillagigedo, no fué casado.